

flotante como una bandera de esperanza delante del cansado peregrino, nada de cuerda ciñendo una cintura enflaquecida: teníamos la frente una figura descarnada y vulgar, la levita y los *inexpressibles*¹ de aquel desgraciado, estaban rotos, que daba miedo. El infortunado, previendo una numerosa sociedad de viajeros, había retardado su misa y nos ofreció decirla a nuestro regreso, de lo que le quedamos muy agradecidos, porque de otra manera habríamos tenido que cumplir con el deber de oirla en Portici. Mientras admirábamos aquella perspectiva, un cantor alado, cosa admirable en aquella estación, hizo oír los acentos más armoniosos y más puros; quizá celebraba el antiguo tiempo romántico en que los ermitaños no bebían *lacryma Christi*, en que el hombre vivía muy cerca de la naturaleza y encontraba en ella su recompensa.

Después de haber tomado algunos instantes de descanso, nos volvimos a poner en camino para llegar más pronto al objeto del viaje. Aun pudimos andar a caballo por el cono de lava; pero el espacio entre los lechos de lava se hacía cada vez más estrecho y la vegetación más escasa. Un excelente camino nos condujo al Observatorio Real, hermosa y sólida construcción revestida con adornos de lava y comenzada hace diez años: abajo se extiende en forma de terrado, un jardincito, en medio del cual hay unas cavernas de lava que encierran una colección bastante interesante de la flora vesubiana. Este edificio fue construido por el actual rey, y abre a la ciencia un extenso horizonte, proporciona una posición favorable para hacer observaciones que en otra parte serían imposibles: desgraciadamente está desierto y ningún sabio lo habita. Vivir a tan grande altura, en la morada de la lava, es un sacrificio que los napolitanos no pueden hacer a la ciencia; puede ser también que su saber sea demasiado superficial para ocupar dignamente semejante santuario.

Algo más allá, la lengua de tierra cultivada se pierde en un océano de lava: el reino vegetal solamente se ve representado por algunas herbáceas y zarzales; los cauces de lava se reúnen, el casco de los caballos resuena en un suelo de rocas volcánicas y se llega al valle que separa a *Monte Somma* del Vesubio. La hermo-

¹ Así llaman las inglesas mojigatas á los calzones.

sa vida terrestre no se muestra ya sino en raros intervalos y uno se ve rodeado por la imagen incolora de la nada universal. Sombrías murallas, enormes pedruscos grises, negras masas, montañas de ceniza movediza y de lava calcinada, se levantan por todas partes y envuelven al pequeño grupo de pobres viajeros que se aventuran en medio de aquel reino de la muerte, inmenso y lúgubre, en medio de aquella devastación de la naturaleza en aquel valle de la melancolía. Las dos cumbres de *Monte Somma* y del Vesubio estaban reunidas en otro tiempo; pero se levantaron las entrañas del globo, la montaña se abrió y del hondo abismo se derramaron olas de lava, que más tarde se enfriaron y formaron la mar inanimada, petrificada, incolora, rodeada de un polvo de leve ceniza que separa las dos cumbres. La mirada se detiene con angustia sobre esas masas monótonas que abortó la montaña y ante las cuales ha huido toda vida. Solamente por intervalos se perciben a lo lejos, como raras luces en medio de noche tenebrosa, algunos fragmentos de paisaje, la ciudad de la alegría, las plateadas olas de la mar, la risueña y fértil llanura. Envuelto así por la muerte, el viajero piensa involuntariamente en esas almas destrozadas, a las cuales no quedan más que hermosos recuerdos, que en otro tiempo estaban frescas como las demás; pero que separadas de la fe, privadas de los auxilios de una religión consoladora, se han abismado en una melancolía profunda, y cuyo estudio, si puede tener algún atractivo para el psicólogo, nos llena el corazón de una tristeza infinita.

Es curioso estudiar el progreso de la muerte sobre la naturaleza: la antigua lava, la que ha salido hace millares de años, está cubierta de verdura; sobre la lava que solo tiene algunos siglos, brotan en la fina ceniza, mezquinos arbustos y plantas que pueden vivir sin un suelo generoso; en la lava más reciente, al pie del Vesubio ó a lo largo de la montaña, se encuentran muy raros vegetales. La naturaleza quisiera cubrir el suelo con sus verdes adornos; pero las masas arrojadas por la explosión terrible de las luchas interiores no se lo permiten.

Nuestros caballos trepaban con mucha destreza por entre los peñascos y los trozos de lava, y pronto llegamos al pie del Vesubio. El valle que separa las dos montañas no es muy extenso; pero cuan-

do se piensa que no es mas que una grieta que se abrió en la cumbre, junta en otra época, queda uno aturcido en presencia de la acción formidable y omnipotente de las fuerzas naturales. Todas las grandes erupciones que han devastado las inmediaciones, hasta la última que tuvo lugar en Febrero de 1849, han dejado sus huellas en aquel valle. La lava se ha extendido por anchas grietas sobre los costados de la montaña, con dirección á Resina y Portici, ó por el otro lado, con dirección a Pompeya. El Vesubio, propiamente dicho, es el que ha producido las pequeñas erupciones, pues Monte Somma ha permanecido tranquilo desde los tiempos de Pompeya y Herculano, y la naturaleza comienza ya a extender amorosamente su capa de verdura sobre aquellas pendientes áridas. Llegamos al lugar donde debíamos confiarnos a nuestros propios piés y a los brazos de los guías: atamos los caballos y despedimos a los gendarmes que nos habian acompañado desde la Ermita, temiendo un ataque de los bandidos. Se nos presentaron algunos hombres, provistos de cinturones de cuero, que pretendian cargarnos y remolcarnos; pero en tales ocurrencias y cualquiera que pueda ser mi torpeza, siempre prefiero servirme de mis piés. Aquí se vé lo que el hombre puede hacer cuando se le presenta un fin importante: si no se tuviese a la vista el cráter y sus llamas, quizá no se subiria con tanta paciencia y tenacidad aquel camino tan penoso. Subimos desde luego por una pendiente muy rápida, con los piés hundidos en la ceniza fina y movable, teniendo esta empresa bastante analogía con los tormentos que, segun la antigua mitología, se sufrían en los infiernos: se sube con esfuerzo, se cree haber alcanzado un punto mas elevado; repentinamente cede la ceniza y el pié se introduce de nuevo en la masa gris, de manera que para dar tres pasos adelante se necesita dar dos para atrás. Sin embargo, nosotros tomamos por el lado agradable los disgustos de la ascension, y esto nos los hizo mas fáciles de soportar.

Pasábamos jadeantes y con el sudor en la frente, de un trozo de lava a otro; el calor subterráneo parecia redoblar en intensidad con nuestros esfuerzos, y a pesar de esto, caminábamos alegremente con los misterios del cráter ante los ojos del espíritu. La capa de cenizas descende en línea recta desde la cumbre de la mon-

taña hasta el valle, y forma en toda su extension numerosos montecillos. Cada paso que dábamos en el polvo movedizo, nos parecia peligroso, porque mientras mas subiamos, nos creíamos en mayor riesgo de rodar hasta el pié de la montaña, con el acompañamiento de los pedazos de lava sobre los cuales andábamos. A cada instante cedia el suelo bajo nuestros piés con un ruido sordo y siniestro; pero al punto otra piedra detenía a la que resbalaba, dejándonos así el tiempo necesario para saltar a la siguiente. Cerca de la mitad del camino, despues de haber dominado dificultades innumerables, comenzamos a sentir un aire mas puro y un ligero olor de azufre. Las nubes que cubrían la cima del Vesubio, pasaban, desaparecían y volvían de nuevo; mas a esto no le prestábamos grande atención, porque no era semejante espectáculo por el que emprendíamos aquel camino. A medida que llegábamos al fin, se redoblaban nuestros esfuerzos; ya uno de nuestros guías se encontraba en la cumbre: un poco de valor, un poco de trabajo y todos habremos llegado.

Nos hallábamos en la grieta que divide las dos puntas. ¡Qué golpe de vista! ¡Qué sensación inexplicable! Los escarpes estaban revestidos de azufre blanco, el suelo de lava era enteramente negro, la ceniza gris y algunos trozos de azufre amarillo y rojo yacían diseminados. Vapores hirvientes se escapaban debajo de los grandes peñascos de lava; el cono de la montaña nos ocultaba el panorama de Nápoles y el de la mar. El vapor y la niebla velaban el firmamento, el aire era unas veces frio y áspero, otras era sufocante y se sentía sobrecargado de azufre: todo respiraba muerte y destruccion. Adivinábamos bajo nuestros piés la acción de fuerzas poderosas y desconocidas; veíamos colores que no habíamos visto jamás; nos sentíamos envueltos en una atmósfera enteramente nueva, y no creíamos vivir ya en nuestra hermosa tierra, sino en el seno del caos, en medio de los elementos primordiales con que Dios creó al mundo, entre los vapores envenenados que volaban sobre el abismo, antes de que el aire y el agua hubiesen sido separados, antes de que el sol hubiese secado y animado todas las cosas. Era una de esas perspectivas que no pueden describirse, y que se necesita haber contemplado para formarse una idea del trabajo de la naturaleza y comprender cuán pequeños son el hombre y la

ciencia! Aun no llegábamos al cráter, cuando ya estaba yo impresionado por la vista de lo que me rodeaba, como no lo estuve jamás por ninguna otra cosa en el curso de mi vida.

Todo viajero tiene ciertos movimientos estereotipados cuando llega a un lugar célebre: en el bordé de la mar se recogen conchitas con una curiosidad infantil, en las comarcas del Sur se toman ávidamente todas las frutas desconocidas; en el Vesubio uno se precipita con encarnizamiento cómico, sobre los pedazos de azufre de mil colores que se presentan a la vista. El hombre tiene una inclinacion natural é irresistible que le induce a coleccionar, para despreciar en seguida lo que ha recogido; se carga gustoso con un peso inútil; mas no importa, siempre que su codicia quede satisfecha. Adan en el paraíso debe haber coleccionado ya. Nosotros cumpliamos concienzudamente con este instinto, y a cada instante llenábamos nuestras bolsas con lo que recogiamos de las cenizas. Examinando uno de esos trozos por entre los cuales se le escapa el vapor hirviente por pequeñas rendijas, observé que la arena de lava fina y húmeda que lo rodeaba, estaba tan caliente que no me permitia poner la mano sobre ella. A cada paso se encuentran estas grietas que deben comunicar con el interior del volcan: algunas veces los vapores que se exhalan no tienen olor, como sucede con el vapor de la agua hirviente; pero otras, tienen un aroma sulfuroso y que produce comezon en el pecho y obliga a toser.

Dejamos aquel valle tan imponente, a pesar de su pequeñez, y seguimos un angosto sendero maravillosamente practicado en la ceniza movediza, sobre el costado del cono principal. Este camino no está bueno para las personas que padecen vértigos: a la derecha se levanta la pared exterior del gran cráter, guarnecida de rocas de lava de extrañas formas, cubiertas con un azufre rojo y brillante, que deja escapar por intervalos emanaciones de vapor húmedo; a la izquierda, la montaña de ceniza descende a pico hasta el valle que existe entre Monte Somma y el Vesubio; el viajero tiene que avanzar por este sendero peligroso entre la movable ceniza; pero aquel sendero conduce al cráter, y todo se olvida. Si se tiene valor para dirigir una mirada al valle, queda uno recompensado por aquella vista incomparable: se vé a lo léjos el camino que se abrió la lava en la erupcion de 1849; enormes masas

de lava y ceniza se encuentran amontonadas en grandioso desorden; se perciben valles y colinas de un color sombrío y lúgubre que han sido teatro de inmensos incendios; pero en ninguna parte se vé un abismo bastante profundo, la erupcion ha destrozado el suelo, ha vomitado lava y piedras, é inmediatamente ha cubierto las grietas con las mismas materias que volvian a caer. El torrente de fuego corrió entónces por la entrada del valle opuesta a la Ermita, y siguiendo la llanura de Pompeya tomó la direccion de Castellamare, sepultando bajo sus olas de lava la villa y los magníficos jardines de un príncipe napolitano.

Desde el lugar en que estábamos se goza de una perspectiva admirable sobre la vasta llanura; pero es de temer que otras muchas veces sea visitado por aquella plaga terrible, pues el último punto de erupcion en esta extremidad del valle está mucho mas cerca que el anterior del lado de Nápoles. El fenómeno se anuncia con largo tiempo de anticipacion por el humo y las llamas que salen del cráter, y hasta despues de esta advertencia siniestra es cuando la devastacion se extiende por el valle.

El sendero subia siempre mas rápido: pasábamos con prudencia y sangre fria por los puntos mas peligrosos, y de repente se desarrolló delante de nosotros en toda su majestad tremenda el anchuroso abismo: por una parte el escarpe de la montaña, por otra el cráter con sus sombrías emanaciones. Nos hablan en la infancia de grandes montañas de fuego con abismos siniestros; los libros dedicados a la juventud y las narraciones de viajes, se esfuerzan en dar al lector la descripcion de estos cuadros grandiosos: la imágen del Vesubio vaga incierta ante los ojos del espíritu, se toca en la oscuridad, se sospecha algo de la realidad; pero ninguna pluma ha conseguido dar una idea de lo que aquí se vé y se siente. Es porque no hay palabras para traducir semejantes impresiones, ni hay imaginacion humana bastante poderosa para poder formarse de ellas una idea que se aproxime a la realidad. Semejante aturdimiento me estaba reservado tambien: frecuentemente he oído hablar del cráter a muchos amigos que lo han visitado; sin embargo, su aspecto me hizo una impresion de todo punto diferente de la que yo me esperaba. Un boqueron inmenso se abria anchuroso delante de mí; su vasto coronamiento presenta una forma irregular

y variada, según la altura de los diferentes puntos: la cumbre superior es muy estrecha, en razón de que la espesura de las paredes va disminuyendo; los escarpes son tan rápidos que con frecuencia no hay lugar más que para una sola persona. Por la parte exterior de la montaña, no se ven más que cenizas grises y lava; en el interior, cubren las paredes de ceniza y las rocas puntiagudas, vastos campos de azufre de colores brillantes y chillones. Las tintas principales son, el amarillo ordinario de azufre y el más vivo bermeillon que comúnmente forma venas en las superficies amarillas; en los lugares que dan paso al vapor hirviente, el azufre toma también colores violáceos y verdosos; estos puntos son ordinariamente de un calor intolerable, húmedos hasta traspasarse el agua y cubiertos de una materia blanca muy semejante a la escarcha. Con estas diversas coloraciones el cráter recibe un aspecto extraño y extravagante; y aunque los tintes son muy brillantes, carecen de frescura: el conjunto es en general frío y melancólico, y el contraste que forman estos vivos colores con el gris mate de la ceniza y de la lava es demasiado grande para ser agradable.

La configuración interior del cráter, es precisamente inversa de la forma exterior de la montaña. El Vesubio es un cono levantado sobre su base; el cráter es la cavidad. Grandes masas de vapor emanan del abismo, y como de los costados de una pira de carbon, salen columnitas de humo por todas las paredes de aquel embudo: en el exterior también, cerca de la cumbre, la montaña exhala algunas nubes ligeras. Ya he dicho que aquellos puntos humeantes se encuentran debajo de los grandes peñascos de lava y están revestidos de flores de azufre de los colores más variados. La espesura de las nubes impedía distinguir claramente el interior del volcán; pero la masa de vapor se levantaba por momentos, y la mirada podía sumergirse en las profundidades del abismo: la inmensa boca parecía descansar entonces de una respiración penosa. Aquel abismo tiene realmente boca; pero una boca semejante a las de los dragones de las leyendas: aquellos son los reflejos de sus escamas invulnerables, aquellos son los colores con que la imaginación se complace en revestir a esos monstruos fabulosos; el interior del cráter exhala aquellos mismos vapores envenenados y hú-

medos que en otro tiempo cubrían de terror y de muerte a los caballeros cazadores del dragón.

A la altura en que yo estaba sobre el borde del abismo me sentía como perdido; creía estar en los confines de otro planeta, en el umbral misterioso de un mundo extraño y nuevo. Me sentía abandonado en medio de aquella soledad, en el seno de aquel caos silencioso; estaba como rodeado por los terrores de los mundos de las leyendas: sin mis amigos que estaban a mi lado, un indecible espanto me hubiera arrojado de aquellos lugares, y habría huido ante las fuerzas primordiales, mudas y adormecidas de la naturaleza. No me sentía bastante fuerte para resistir semejantes impresiones, estaba como subyugado por el encanto misterioso de aquellas potencias infernales. Espectáculos ménos extraños hacen temblar al hombre cuando está solo: un cerco de hielo ó de granito, la caída de una cascada de roca en roca le hacen creer con frecuencia que el agua lo encanta y lo atrae, que el murmullo siniestro le habla; y si entonces viene á rugir una borrasca en el cielo, si el huracán muge, si el relámpago envuelve en una red de fuego al pobre abandonado, su corazón palpita y se estrecha, dirige alrededor miradas de angustia, como si el trueno amenazara su alma desfallecida, como si cada rayo le estuviese destinado. Hay verdad en estas impresiones: es el lenguaje de la naturaleza que llena de pavor la conciencia del hombre y le hace ver su nada; es la fuerza misteriosa y profunda de los elementos que el hombre frívolo no considera cuando están adormecidos, y cuyas advertencias le parecen tanto más terribles cuando momentáneamente despiertan. ¡Qué terror no debe pues causar el aspecto del Vesubio, cuando se siente que una débil capa nada más nos separa de aquellos abismos sombríos, y que una costra ligera, á través de la cual brotan sufocantes vapores, es el único obstáculo que oculta el radiante fuego, costra que á cada instante puede romperse y ceder á la presión de las fuerzas desencadenadas! Mas al punto que hay varias personas reunidas, el sentimiento de la debilidad desaparece con el del aislamiento, se siente uno más atrevido y avanza deliberadamente en el *camino de los terrores*.

Para que nos formásemos una idea del calor que reina alrededor de las grietas por donde el vapor se exhala, los guías introdujeron

en el azufre hirviendo unos huevos que un hombre habia traído con algunas botellas; en pocos instantes quedaron cocidos, y los comimos con pan rústico. Hacia mucho tiempo que un almuerzo improvisado no me habia parecido tan bueno, y juzgué que el viejo Vesubio era el mejor de todos los cocineros para el cocimiento de los huevos. Con un vaso de *lachryma Christi*, bastante agrio por cierto, dije algunos brindis por mis queridos amigos: segun el uso antiguo y solemne, la botella circuló entre la concurrencia, despues de lo cual la arrojamos al abismo, donde la oímos rebotar y romperse estrepitosamente. Nuestro *cicerone* y otro de los guías se aventuraron hasta cierta profundidad en la pared interior del cráter, el primero para ofrecernos el espectáculo de un trozo de lava rodando hasta el abismo, y el segundo para traernos algunas formaciones sulfurosas de brillantes colores. Los trozos de lava rebotaron, dejando tras de sí un ruido semejante al de un trueno lejano, el eco resonó largo tiempo contra las paredes, y acabó poco a poco por perderse, haciéndonos pensar que aquella inmensa inmensa boca debe abismarse en las entrañas de la tierra.

El *cicerone* nos propuso explorar uno de los caminos que giran alrededor de los dos grandes cráteres en la cima del Vesubio: aquel en que nos encontrábamos es de formacion reciente, el otro ha permanecido tranquilo desde 1839. Avanzábamos por la angosta cumbre, pero nuestro valor no tardó en vacilar, el vapor sulfuroso nos envolvía y ofendia nuestros pulmones; por un momento sentimos la mas horrible sufocacion, una angustia indecible se apoderó de nosotros, y como medio supremo de salvacion llegué a pensar en precipitarme por las cenizas por el revés exterior de la montaña, para buscar una atmósfera mas pura y mas propia para la vida. Mis compañeros de viaje eran de opinion que regresáramos y me suplicaban que diera la señal de retirada; pero no pude resistir al deseo de dar la vuelta al cráter, y decidí que debíamos llevar la prueba hasta el fin. Tomé entónces la delantera y mi pobre acompañamiento tuvo que seguirme con voluntad ó sin ella; iba yo trás del guía, y los demas inmediatamente trás de mí. Luché como pude, me puse el pañuelo en la nariz y en la boca entretanto que pasábamos por en medio de las nubes de vapor que el viento arrojaba violentamente. Dos ó tres veces estuvo a

punto de abandonarme el valor; me detenía, aspiraba el aire con todo mi pulmon, y las sombras negras de los viajeros se volvian a poner en marcha a través de las nieblas del mundo subterráneo.

En fin, despues de largos esfuerzos, obtuvimos la victoria y llegamos al objeto; al punto cesó todo sufrimiento, y pudimos contemplar el espectáculo que se extendia ante nosotros. La cumbre superior y regular de este segundo cráter tenia, como la del precedente, de veinte a treinta toesas de diámetro; el abismo se estrechaba como un embudo, y las paredes estaban revestidas igualmente de formaciones sulfurosas mas brillantes si es posible. Una de las particularidades mas curiosas de este cráter es que puede vérsese el fondo; las piedras que arrojábamos, resonaban como un trueno del cielo, y luego las veíamos llegar hasta abajo, adonde me parece que se podría bajar sin muchas dificultades, por medio de cuerdas, si no se tuviese que temer la accion sufocante de los vapores sulfurosos: tambien puede ser que la temperatura del suelo sea demasiado elevada, porque el lugar en que estábamos, se sentia tan caliente en ciertos puntos, que era imposible permanecer largo tiempo sin movernos. Hace ya algunos años que aquel abismo ha entrado en una faz de reposo, y pudimos dar la vuelta sin obstáculo. A medida que las nubes de la cima del Vesubio se dividian y se disipaban en los aires, veíamos porciones del magnífico panorama que se extendia a nuestros piés flotando en medio de un vapor blanco como la imágen de un sueño. Nos sentíamos encadenados por un poder mágico sobre aquel teatro de la destruccion, desde donde admirábamos en lontananza, en un mundo sobrenatural y digno de las hadas, la mar chispeante y sus encantadas riberas.

A proporción que las nubes pasaban delante de nuestra vista, las imágenes desaparecian para dar lugar a otras nuevas: era como una cámara oscura cuyas perspectivas fantásticas nos compensaban de cuando en cuando, de la vista admirable que habríamos disfrutado con un cielo mas sereno. Antes de dejar el borde del cráter, el *cicerone* descendió con una audacia increíble a una roca interior que salía sobre el abismo, é introdujo su baston en una de las numerosas grietas que perforaban el suelo, anunciándonos que la madera iba á encenderse con las llamas del fuego subterráneo. No pude resistir al deseo de seguirle y avanzar con él sobre aquella

punta vertiginosa: muchos bastones fueron introducidos en los agujeros; y el guía, después de haber dado algunas vueltas al suyo por cierto tiempo, lo retiró efectivamente hecho una brasa: luego, con un atrevimiento inaudito, descendió corriendo por una parte de la pared interior, como si hubiera estado en un risueño prado en la pendiente de una colina, y sin embargo, bastaría un paso en falso para precipitarlo; no habría sido la primera víctima que el mundo subterráneo hubiese tragado.

Era ya imposible permanecer más en aquel punto, porque las suelas de nuestras botas comenzaban a quemarse. Dirigimos una última mirada al anchuroso abismo, en cuyo seno brillan de una manera tan viva las formaciones de azufre amarillo y escarlata; por última vez en el silencio de una admiración muda se recogieron nuestras almas ante la grandeza infinita de la naturaleza, y bajamos apresuradamente a una pequeña hondonada, donde el humo no salía sino en raros intervalos, para tomar algún descanso y un almuerzo frugal entre los peñascos de lava y los montones de ceniza. Lo que tiene vida parece hallarse en tan poca armonía con el Vesubio, que se siente una sorpresa involuntaria al observar en medio de estas masas grises, desechos de alimentos y restos de comidas: las almendras de la fruta, las cortezas de los limones y de las naranjas forman un contraste casi cómico con la soledad silenciosa en que se encuentran; y sin embargo, no toda vida abandona al pobre volcán: algunos insectos zumban por ahí, algunos lagartijos se aventuran sobre la lava y el azufre, y yo mismo encontré el despojo mortal de muchos escarabajos. En cuanto á saber, como refiere la leyenda, si el Vesubio arrojó en efecto cuando su última erupción, una cantidad innumerable de animalitos rojos de formas desconocidas, es una cosa que no puedo decidir, aunque en mi opinión la singular y misteriosa montaña, es muy capaz de semejante capricho. Concluido el almuerzo regresamos al punto de que habíamos tenido que subir antes ahogados y con el sudor en nuestras frentes.

Allí nos esperaba una diversión de las más raras, un placer que yo jamás había sentido. Por el mismo camino que nos había costado tantos esfuerzos, íbamos a regresar; mas no sobre nuestras piernas, sino a volar como sostenidos por alas invisibles, hasta

llegar, rápidos como el rayo al valle que separa a Monte Somma del Vesubio; sentados en la ceniza, íbamos a ejecutar la famosa *resbalada* del volcán. En mi país había oído hablar de esto muchas veces, y no me había podido formar una idea muy exacta; hasta que ví que la ceniza comenzaba a desplomarse delante de mí, comprendí el placer que me estaba reservado. Con una alegría frenética me lancé, dando saltos desordenados, a la masa gris y movediza, y toda la concurrencia me siguió. Cree uno al principio que va a descender la montaña con una velocidad terrible y de un solo golpe, sin poder moderar ni contener su carrera; pero los pies se introducen suavemente en la ceniza que cede, y echando el cuerpo hacia atrás, puede uno detenerse aun en lo más fuerte del impulso. La sensación es indescriptible: se cree tocar a los confines del vuelo y se sospecha cuál debe ser la satisfacción orgullosa del pájaro de presa que se precipita desde la altura de los aires al fondo de los valles.

Nuestra concurrencia se parecía en aquel momento, *salvo el debido respeto*, a un rebaño de cabritos, a quien después de largos meses de invierno, llevan por primera vez al pasto: aquellas son cabriolas entonces, el rebaño no cabe en sí de placer y de alegría. Así sucedió con nosotros; reíamos hasta ahogarnos, y apostábamos a quién daría saltos más enormes. Con una especie de delirio y de cómica desesperación, saltaba yo frecuentemente toesas enteras en la ceniza. Algunos momentos me detenía para hacer durar aquel placer que era tan rápido, para tomar aliento y reír después a carcajadas, viendo a mis compañeros en las diferentes faces de su descenso furibundo. ¡Éramos tan felices al poder una vez por casualidad convertirnos en niños, de una manera tan permitida y dar a nuestra alegría un libre curso en medio de las chanzas más agradables!

A veces, en lo más fuerte de la carrera, esperábamos tropezar en algún obstáculo ó herirnos con un trozo de lava puntiaguda; pero la ceniza se dividía de repente rodeando el pie que se sumergía con suavidad como en una masa líquida. Volábamos, corríamos, saltábamos y nadábamos, todo al mismo tiempo, sobre la móvil ceniza; y si cada uno de estos ejercicios corporales, separadamente es agradable, ¿qué encanto dejará de tener éste que los

comprende á todos? Nos precipitábamos por los costados de la montaña como furias desencadenadas; pero furias que en lugar de maldición y de terrores, no traían consigo mas que la locura y la alegría. Apenas algunos minutos habian pasado y estábamos ya en la base del cono.

Antes de montar otra vez en nuestros caballos, desenterramos de la ceniza algunas plantas delicadas para trasladarlas vivas a un suelo menos ingrato: desgraciadamente se cayeron en el camino y se perdieron. Salimos en fin del valle sombrío: de cuando en cuando volvía la cabeza para contemplar al viejo Vesubio, ese laboratorio de la naturaleza, donde es permitido al hombre aproximarse á las fuerzas primitivas. Una imágen triste y desnuda se levanta delante de la mirada, con colores de otro mundo, con una majestad imponente y terrible: se cree uno trasportado a la época en que la raza pecadora no habitaba este suelo que encerraba en su seno los gérmenes de la vida, y en que la suave masa de arcilla no habia sido tocada aún por el aliento omnipotente. El espíritu de Dios parece volar sobre la tierra y las aguas, meditando sobre la materia inerte antes de pronunciar la palabra de vida, el *fiat* creador que debía resonar como un trueno a través de la naturaleza. El Vesubio es una porcion del caos que sobrevive, sin otro color que el gris pálido y muerto que es el tinte fundamental de todas las cosas.

Esto nos enseñan aquellas épocas primitivas en que nos hace pensar la montaña gigante; pero al mismo tiempo nos permiten levantar el velo del porvenir. De la misma manera que Dios ha creado, destruirá; de la misma manera que los diferentes colores han sido engendrados por el gris, estos colores admirables, testimonios vivos de la mirada omnipotente, se borrarán un día para volver al tinte fundamental. Como el fuego purifica, como la naturaleza ha salido del humo y de las nubes, tan hermosa que Dios mismo se ha complacido en su obra y ha dicho: «es buena,» un día vendrá en que las nubes y el humo sustraerán de nuevo el viejo globo podrido, de la mirada fecundante del Creador. Poseídos de estos pensamientos temibles, pedimos un asilo en la pequeña iglesia de la Ermita, para implorar en ella el perdón de nuestros pecados. Cuando toda la concurrencia estuvo reunida, el capellan

nos dijo la misa, y volvimos á emprender el camino de Resina a través de ricos viñedos. El cielo se habia despejado, la perspectiva era aun mas risueña que por la mañana: en medio de una verdura incomparable y bañada por las luminosas olas de la mar, Nápoles aparecía en toda su magnificencia a nuestros ojos deslumbrados.

Gozosos y satisfechos de nuestra expedición, descendimos el camino al galope. Aquella alegría fué suspendida un instante por el tránsito de un muerto á quien llevaban en unas angarillas descubiertas, al bonito cementerio de Resina: como aquí todo se hace francamente y al aire libre, el despojo de los muertos entre las clases populares, no es aprisionado en un ataúd. Rendidos de cansancio y con nuestros vestidos singularmente maltratados, llegamos a la barca que nos esperaba en Portici para conducirnos a la fragata. Apenas tuve tiempo de tomar algun reposo, cuando me fué preciso ponerme el uniforme, para asistir en Capo di Monte a una comida de familia en confianza con mi tia y mi prima. El día era espléndido y caliente: la ciudad irradiaba con un orgulloso esplendor.

Nos esperaba un coche en la escalera de Santa Lucía: en él nos refugiamos, atravesando un enjambre de figuras humanas de las mas extravagantes, y ensordecidos ya por el tumulto de la multitud. Es necesario ir á Nápoles para formarse una idea de esta algazara perpétua, de esta incesante agitacion.

Ayer, la calle de Toledo, con sus aspectos tan variados y sus escenas tan extrañas, me ocupó de tal manera que olvidé mencionar el Palacio Real y la plaza que se extiende delante de él; sin embargo, este palacio, en el punto de vista de la arquitectura, es el monumento mas curioso de la ciudad. La fachada que mira a la plaza es de piedra gris y ladrillo, y tiene un carácter imponente: bajo el balcon de en medio se extiende una ancha calzada custodiada por militares de diferentes cuerpos. Las flores de lis, este adorno tan prodigado en Nápoles, aparecen aquí en todas partes como puntas de lanza, destinadas a rechazar y a retirar la multitud, y os advierten que la rama antigua lateral de los Borbones, cuya rama principal está próxima a extinguirse, reina todavía en estos lugares. Todo, desde el objeto mas grande hasta el mas pe-

queño; desde el Museo Borbónico, hasta la última garita de un centinela, y hasta el pedazo de mantequilla elegantemente modelado del dinástico *Café de Europa*, está revestido con el real emblema, que parece haberse elevado, gracias a la influencia borbónica, desde el simple adorno del «lirio de los campos» de Salomon, hasta los esplendores de las mas altas dignidades. Aunque se haga aquí un grande abuso de esta flor, yo no dejo de apreciar estos emblemas que son un noble adorno y testifican un antiguo poder.

Enfrente del palacio se eleva una grande iglesia coronada con una cúpula griega y enlazada por ambos lados a vastos pórticos que circundan una parte de la plaza: fué construida en *ex voto*, por Fernando I, cuando recobró sus Estados, de que los franceses lo habian despojado. Enemigo como soy del estilo griego aplicado a la arquitectura cristiana, esta iglesia me desagrada por su destino: como edificio pagano, no se le puede negar una imponente armonía y que es un admirable ornamento para la plaza que domina. A la derecha está otro palacio pequeño que sirve de mansion a los príncipes extranjeros que vienen de viaje: en él me habian destinado un departamento; pero preferí mi cómoda habitacion flotante. Por otro lado se levanta el palacio del duque de Salerno, al que han hecho célebre su situacion y sus agradables jardines: desde la mar se le vé dominar los techos con sus masas de verdura. No habiendo dejado mi tio heredero varon, esta morada deliciosa ha vuelto a poder de la corona, a su muerte. Hay en medio de la plaza dos estatuas ecuestres de Carlos III y de Fernando I, que han adquirido ya ese color un poco vago, gris azulado, que el arte humano no puede imitar y que solo el cielo y los años pueden dar al bronce.

Atravesando de nuevo la ruidosa calle de Toledo, con su agitacion y su vida, llegamos a la altura de Capo di Monte, cubierta con rica verdura. En una encantadora comida, en la intimidad, hicimos recuerdos del tiempo antiguo, trajimos a la memoria la dulce vida de otras épocas, y aunque esto produjo alguna tristeza y amargura, no dejamos de estar contentos y satisfechos: ¡los corazones que se comprenden laten en armonía lejos del país natal! Tuve que responder sobre mil cosas, é hice a mi vez mil preguntas sobre mis parientes de Italia: muchos pensamientos afectuosos

fueron consagrados a difuntos queridos; muchas horas alegres nos vinieron a la imaginacion y fueron celebradas de nuevo. Despues de comer recorrimos las grandes habitaciones desiertas del palacio. El gusto y la comodidad, la vida y la propiedad para los usos domésticos, están desterrados de estas piezas inmensas: en todas partes las líneas y la estirada ornamentacion de la época imperial francesa han borrado el carácter original de los tiempos pasados, y han descompuesto las hermosas proporciones del interior.

Hay en el palacio una galeria de cuadros extranjeros, destinada a fomentar el arte napolitano, demasiado debilitado: representan objetos terribles, tomados de la mitología y de la historia antigua; héroes y heroínas espirando; anchas heridas y deformes cadáveres cubren las paredes del desgraciado *Castillo de Verano*, que no parece tener otra relacion con estas repugnantes cosas que el traje singularmente ligero de los personajes, propio a la verdad para la estacion mas caliente: en mi vida habia yo visto semejante colección de desnudeces, y ¡qué triste pintura! A juzgar por aquellas muestras, el arte ha caido hasta muy abajo en el hermoso reino.

Mi tia me invitó a dar un paseo en coche con ella y con su hija. En medio de un campo hechicero, entre hermosas calzadas y risueños jardines, subimos sobre la altura de Capo di Monte a la *Villa Regina Isabella*, propiedad de la reina madre, y célebre por su admirable situacion. Siguiendo una larga calzada limitada por adelfas, rosales y parras, llegamos á una plataforma descubierta, sobre la que se eleva una casa de estilo greco-romano. Bajamos del coche para entrar al patio: nos recibió un ente macilento y enflaquecido, envuelto en una bata verdosa, y que por su tonsura y sus zapatos dejaba conocer que era el capellan de la casa. Nuestra llegada turbaba visiblemente su indolente reposo: nos condujo, atravesando las bonitas piezas del piso bajo, á un terrado, desde donde se disfruta sin duda de una de las mas bellas perspectivas que existen en el mundo: es uno de esos puntos maravillosamente escogidos en que la mirada no emplea su admiracion en los detalles del cuadro; pero en que todas las seducciones, todos los efectos de luz se reúnen y se confunden en un conjunto armonioso, que ejerce en el alma un encanto irresistible.

Desde un terrado superior a donde nos llevó despues nuestro

tonsurado guía, el panorama es aún mas extenso. Del mismo modo que las últimas obras de un artista arrebatado por la muerte en el apogeo de su grandeza, son las mas hermosas y las que se ven mas impregnadas con su genio y su alma, el sol nunca derrama tintas mas vivas, colores mas brillantes y encantadores, que cuando va a desaparecer y deposita su último beso sobre la tierra; al declinar posee el secreto de despertar una vaga y lánguida aspiracion y de suscitar en el corazon del hombre un ardor que le impulsa a lanzarse sobre sus huellas; deja trás de sí una firme esperanza, un imperioso deseo de ver aparecer de nuevo su imágen radiante; porque el aspecto de la muerte en este mundo, hace nacer la ansiosa esperanza de la resurreccion en otro. Una tarde semejante, misteriosa y sublime, transfiguraba con sus matices dorados el hermoso golfo de Nápoles.

La villa está situada en un lugar elevado y descubierto; delante de él el terreno desciende a pico hasta la mar, y esta posicion es la que hace tan grandiosa la perspectiva. Un vapor azulado envolvía al Vesubio y a las pintorescas montañas de Sorrento; al pié de ellas brillaban como otras tantas perlas en una concha bañada por las olas las aldeas y las ciudades, y la fértil llanura se extendía como un rico tapiz entre Nápoles y aquel fondo del cuadro. Los últimos rayos del sol doraban aún los techos y las cúpulas de la gran ciudad coronada de villas, y las alturas del Pausilippo sembradas de jardines. Tras de nosotros se elevaban las colinas de *Camaldoli* con su famoso monasterio; a nuestro frente un palmero balanceaba muellemente su cima majestuosa, a nuestros piés se desarrollaban la Chiaja y los bosques de verdura de la Villa Reale que iban á perderse en el inmenso y límpido espejo de la mar. Cuando uno se abisma en la contemplacion de esta perspectiva encantadora; cuando se admira esta naturaleza siempre jóven, en que la fresca verdura de Europa se mezcla a la vejetacion exuberante de los Trópicos; cuando se ve este ardor de la luz meridional y este brillo incomparable del cielo de Oriente, se piensa en el altivo adagio de los napolitanos, y uno repite dentro de sí mismo: *Napoli è un pezzo del cielo caduto in terra.* «Nápoles es un pedazo de cielo caído en la tierra.»

Las habitaciones de la Villa Regina tienen el sello de una exis-

tencia en partida doble: dos mundos estuvieron aquí reunidos que deben respetarse mutuamente cuando están separados; pero que forman una asociacion desagradable y discordante cuando se encuentran confundidos. A la muerte del difunto rey, su viuda la reina Isabel, se casó con un hijo del país, despues de lo cual, en lugar de retirarse con su nuevo esposo á algun rincón del mundo, compró esta bonita casa para vivir en ella con un pié en la corte y otro en la vida privada. Quería gozar del descanso y los placeres de una mujer comun, sin renunciar al brillo de la grandeza real. Hace poco ha muerto dejando esta mansion del capricho á su marido, que está sirviendo todavía como coronel en el ejército de su hijastro y que vive en el cuartel. La *Villa Regina Madre* esta ahora desierta, y no recibe la visita de su propietario sino en raros intervalos. Producía en mí un efecto singular ver en la casa de un particular los retratos de las mas familiares cabezas de príncipe de Europa. Las comodidades que se han procurado en todas partes no han borrado aún el carácter del antiguo esplendor. Entre los muebles preciosos que se conservaban allí, observé con admiracion una especie de trono de rica tela de terciopelo con franjas de oro; pregunté su origen al capellan que nos acompañaba, envuelto con una franqueza enteramente italiana en su mala bato, aunque bien debia saber quiénes eran mi tia, y mi prima; y me respondió que aquel mueble habia sido regalado a la reina madre por la señora *Roschilde*: tuve que hacerme repetir muchas veces este nombre, que sonaba de una manera extraña en lábios italianos, para reconocer al fin su designacion hebraica.

En el piso inferior de la casa, se encuentra una especie de coleccion universal, un pequeño museo en que se vé un poco de todo y nada en suma, que sea bastante notable. Dimos las gracias á nuestro guía por la complacencia con que nos habia conducido, y volvimos a montar en el coche para continuar nuestro paseo.

Hice entónces conocimiento con uno de los principales ornamentos de la ciudad, con los anchos caminos que se extienden sobre las alturas de Capo di Monte; son obras del rey actual que los ha adornado con hileras de árboles, cuyo follaje se eleva formando magníficas glorietas. Recorriendo aquellas calzadas gigantescas, se creeria uno fácilmente en algun parque inglés, mas bien que

en los caminos de los alrededores de una ciudad: ¡qué noble lujo para un soberano rodear su residencia con una verdura tan hermosa! Era el día del descanso: la vida se ostentaba en todas partes; el pueblo se agitaba en el placer y la alegría, la algazara de las calles llegaba a nuestros oídos. Los carruajes populares se cruzaban en todos sentidos: son simples carretas de dos ruedas, que contienen una reunión de doce ó catorce personas llevadas al trote por un infeliz caballejo; los representantes de las clases más diversas se ven allí amontonados: en la masa confusa de viajeros se percibe el tricornio gigantesto de un ministro de Dios, la bandolera reluciente de un soldado suizo, los listones de color de una calabresa, la gorra encarnada de un lazarone, el abanico siempre en movimiento de alguna vieja de la ciudad. En cuanto al problema de hacer caber catorce personas en un vehículo destinado primitivamente para contener cuatro, se resuelve como ya he dicho: en las banquetas del coche, en lugar de ponerse las gentes de dos en dos, se encajan hasta cuatro, el cochero se agita sobre la lanza, y junto a él la juventud se acomoda como puede en las varas; los estribos no están desocupados, tienen el ancho de un pié y esto basta; hay quien vaya en ellos haciendo ejercicios de fuerza, de gimnástica y de equilibrio: detrás de las banquetas con la espalda vuelta al tiro, va uno muy bien colocado para admirar el paisaje que huye al frente, aunque es verdad que este goce se obtiene a costa de ir en un asiento demasiado estrecho. En fin, entre las ruedas y bajo el coche hay todavía lugar de que sacan partido: por medio de cadenas y de cuerdas se suspende un gran cesto que ocupan algunos viajeros que se hacen sacudir agradablemente. Se colonizaría una isla con la población de semejante vehículo, que podría dar soldados, sacerdotes, paisanos.... sin que faltaran los mendigos. Los clamores, el sonido de los cascabels y muchas veces el canto ó los alegres acordes de una música instrumental, anuncian desde lejos la llegada de estos curiosos carruajes.

Otras cien apariciones cómicas se encuentran en estas animadas calzadas: los *abbati*, sobre todo, admiran prodigiosamente al extranjero; mi sorpresa por esta profusión de trajes eclesiásticos, hacia reír a carcajadas a mi tía y a mi prima: un joven abate ca-

balgaba sobre un pobre rocinante con su gran tricornio, su sotana levantada y un azote de corto mango; otro conducía negligentemente un carruaje de dos ruedas. En el camino de Roma pasamos junto al *Campo*, hermosa y vasta llanura donde se dan fiestas militares; a la orilla ha mandado levantar la reina una pequeña construcción, donde puede asistir a las revistas. En la *Strada del Campo* pasamos cerca del Hospicio de Pobres, sobre el camino de hierro de Pompeya, para ir a los grandes muelles que se extienden delante de Nápoles. Gozábamos de la perspectiva admirable de la llanura y del Vesubio, cuyos contornos se dibujaban en el crepúsculo color de púrpura.

Caía el día cuando llegamos á la ciudad. Es la hora en que comienza una vida nueva y redoblada, en que la música y los alegres clamores parecen festejar la desaparición del sol. Millares de lucecitas aparecen por los muelles reflejándose en la mar, ó formando guirnaldas en honor de las diferentes fiestas titulares de las numerosas iglesias; se conmueve el aire con los fuegos artificiales, los cohetes se elevan en el firmamento, y ruedas provistas de luces de todos colores circundan a las madonas; los teatros abren a la multitud sus salas deslumbrantes, la voz chillona de los títeres llama a los lazaroni a los espectáculos populares, ciertos figones ostentan sus riquezas a la viva luz de las llamas palpitantes ó a la semioscuridad de las linternas sordas. El pueblo hambriento obtiene por uno ó dos *bajochi*, y los más malignos grátis, la facultad de pescar en un caldero de macaroni, y cuando siente lleno el vientre, saborea con delicia la vida ociosa, al aire libre, bajo la bóveda azulada, en la atmósfera voluptuosa de la noche.

Sobre la animación alegre de la ciudad, sobre esta vida ruidosa y agitada, se levanta calmada y pura en los cielos la luna llena y majestuosa, antiguo testigo de la vida nocturna de estas gentes, y contempla con dulce ironía ese ardiente delirio de los hombres, que con el brillo de sus lámparas innumerables y con su ruido atronador, pretenden conseguir, en esta mitad de la existencia consagrada al reposo, la luz y el movimiento del día. Las mil lucecitas se borran y no aparecen más que como débiles chispas ante la reina de las noches que cubre la montaña y la llanura con sus rayos misteriosos: ella conserva aún el rojo ardor que la ha-

cia tan bella cuando aparecía tras las brumas del Vesubio, de las cuales se ha desprendido para contemplar su claro é inmaculado rostro en el espejo tranquilo del vasto golfo; domina radiante en el seno del firmamento como una altiva y noble señora, segura de su victoria y de su imperio inviolable; y como la hermosura reviste todo con su prestigio, Nápoles por la magia de este astro encantador, alcanza el apogeo de su encanto nocturno.

La luna tiene la virtud maravillosa, no explicada y magnética, de envolver la naturaleza y el alma humana con un velo de plata, vaporoso y ligero. El sol es el astro de la vida fresca y nueva, del pensamiento ardiente; calienta y rejuvenece: a su desaparición el corazón se siente transido de una vaga y lánguida angustia; pero la luna es el astro de los recuerdos y de la melancolía deliciosa: despierta los sueños del pasado, y en su puro y poético espejo pasan con lentitud y en contornos flotantes apariciones de tiempos felices que traen a la memoria dulces instantes, queridas imágenes que no deben aparecer jamás ó piensan en el silencio de su corazón en las que están ausentes. La luna es el lazo misterioso y vagamente sentido que une el presente al futuro y al pasado. Mira con una dulce languidez en el ojo que la contempla; sus melancólicos rayos acarician muchas tumbas frías, se deslizan de hoja en hoja sobre la hiedra de las paredes, para reposar moribundos a lo largo de muchas ventanas solitarias, para recordar a los que dentro están sentados, que en una ribera lejana ó en la mar inmensa, hay un corazón entristecido que sufre amargamente el mal del país.

¡Qué hacen semejantes ideas en la ciudad del placer y de la alegría! Los italianos no comprenden todo lo que puede sentir un pobre corazón alemán, á quien con frecuencia acusan de frialdad. Los que consumen su vida en el aturdimiento y la embriaguez, son quizá mas dichosos: ¡los felicito!

Consagré el fin del día, ó mas bien, el principio de la noche, a una de las curiosidades mas famosas de Nápoles, al teatro *San Carlo*. Este edificio fué construido en el reinado del brillante y fastuoso Carlos III, que lo hizo acabar en el espacio de doscientos setenta días, en 1738: la inauguración tuvo lugar el día de San Carlos, fiesta titular del fundador. Cuarenta años mas tarde fué pre-

ciso reconstruirlo, y en 1816, un incendio lo destruyó de arriba abajo. Fernando lo hizo renacer de sus cenizas sobre un plan nuevo y grandioso. Habitualmente se oye decir que San Carlo es el teatro mas grande de Europa: no he medido el número de piés y de pulgadas que contiene; pero desde mi entrada en la espaciosa sala espléndidamente iluminada, puedo decir que me pareció el mas imponente y el mas hermoso que he visto en mi vida. Seis pisos magníficos de treinta y dos palcos cada uno, están adornados con profusion de columnas y de ricos dorados, dibujándose sobre un fondo escarlata. El foro es de una amplitud y una altura extraordinarias, se extiende a derecha é izquierda hasta los palcos, para formar una bóveda inmensa, cuya cima toca en la cumbre del mismo edificio. El dorado de los adornos ha perdido algo de su frescura, lo que da a la sala un aspecto mas majestuoso; los adornos están dibujados conforme al fastuoso gusto del siglo pasado; el alumbrado está en relacion con lo demás, y no tiene ese exagerado brillo de nuestros teatros modernos, que es tan dañoso para la vista.

Enfrente del foro, sobre la entrada principal se encuentra, bajo un magnífico dosel sembrado de flores de lis, el palco de la corte majestuosamente sostenido por dos palmeros de oro; sabido es que el palmero tiene la antigua forma de la columna egipcia. Desde este punto central y fastuoso, el lujo de los adornos irradia y se extiende por los innumerables palcos. En la izquierda de la entrada, muy cerca del foro, se han reunido cuatro palcos en uno solo para el uso de la familia real. Cuando algun príncipe de la sangre asiste al teatro, un soldado, conforme a la costumbre muy extravagante que reina hasta hoy, se adelanta sobre el foro con su fusil, y en presencia del público se dirige al augusto vástago, presentándole las armas, en cuya postura permanece con la vista fija, hasta que lo vienen a relevar, lo cual se verifica cada cinco minutos: yo distinguí perfectamente al centinela que esperaba detras de bastidores. Al observar semejante singularidad, el viajero no puede dejar de repetir el adagio: «Cada país tiene sus usos;» viejo proverbio que jamás se debería olvidar.

El teatro se llenaba más y más; en el patio y en la orquesta los abanicos se agitaban con un ligero sacudimiento; pero no vaya a

creerse que el bello sexo era quien se servía de ellos, no; eran las manos groseras de los hombres, a quienes el calor del país obliga a armarse con este instrumento de la coquetería femenil. La mas débil mitad del género humano se hallaba excluida del patio y de la orquesta; costumbre moral, cuya introducción sería de desear en otras ciudades. Dos cosas tienen necesidad de restauración en este teatro: el techo, decorado con figuras mitológicas, y la cortina que representa también una escena mitológica: las dos causan la impresión de esas viejas pinturas retocadas, guardadas en una bodega y sobre las cuales hayan tendido las arañas sus telas grises; mas, a pesar de estos puntos accesorios, el conjunto tiene mucho atractivo, y sin conocerlo, se siente uno impresionado por la imponente belleza de la sala. ¡Qué lastima, decía yo dentro de mí mismo, no poder trasladar este magnífico teatro a nuestra querida capital!

El noble genio del siglo de Luis XIV ha dejado sus huellas sobre estas paredes que levantaron las manos de sus descendientes y donde se respira algo del espíritu creador y fastuoso de aquel gran rey. Las obras que aquel espíritu inspiró han quedado en pie; pero el espíritu mismo desapareció con su época; y en cuanto a San Carlo, muy pocos monumentos conozco que sean dignos de compararsele. ¡Qué efecto admirable, si en semejante teatro resonasen derepente aplausos entusiastas, vivas patrióticos y los acordes ardientemente acogidos del himno nacional! Pero esta noche daban una de esas óperas italianas que me agradan tan poco; así fué que después de haber contemplado algún tiempo los esplendores de arquitectura verdaderamente real, me retiré agobiado de calor y rendido de fatiga.

Rada de Nápoles,
11 de Agosto de 1851.

Apénas habíamos descansado algunas horas, cuando fué preciso ponerse de nuevo en camino. Con una soberbia mañana, nos dirigimos en chalupa al puerto interior consagrado á la marina de guerra, donde el conde Aquila, hermano del rey, nos esperaba á bordo del vapor la *Fieramosca*, para llevarnos á Gaeta. Aquila me recibió oficialmente sobre cubierta, rodeado de su estado mayor.

Yo no le había visto nunca: es un hombre de pequeño cuerpo, un poco robusto para su edad, lo que no quita a su fisonomía la nobleza de facciones de los Borbones; manda en jefe la marina, y cumple sus deberes con un celo extraordinario, y conocimientos especiales y profundos. Ha tenido la fortuna de hacer dos viajes al Brasil: el segundo tuvo por objeto acompañar a su hermana la emperatriz, y traer a su propia novia, hermana del emperador. Durante mi permanencia en Nápoles, tuve ocasión de hacer con él un amplio conocimiento y de apreciar su talento y sus modales infinitamente agradables: su sencillez, llena de gracia y de atractivo, le atrae el corazón de todas las personas que se le acercan. Es marino hasta el fondo del alma, y tiene pasión por los caballos: sin haber estado jamás en Inglaterra, ha conseguido introducir la caza del zorro en el suelo napolitano. Lo que a mi modo de ver corona estas excelentes cualidades, es que no se descubre en él ninguna huella del carácter italiano meridional.

El *Fieramosca*, a pesar de su corta edad, tiene ya una singular historia. Encargado a Inglaterra por los revolucionarios sicilianos, Palmerston, cuando el gobierno de aquellos fué quebrantado bajo el fuego de las bombas reales, y ondeó de nuevo la bandera blanca sobre las murallas de Messina, no quiso dejarlo salir, bajo el pretexto de que no había sido concluido hasta después de la derrota de los rebeldes; pero la firmeza del gobierno napolitano consiguió al fin recobrarlo como legítima presa de guerra, y es hoy uno de los mas hermosos buques de la flota real. Oficiales y marineros tenían un aspecto excelente, y el orden ejemplar que reinaba en todas partes demostraba el valor de la marina napolitana.

En la dirección del bauprés, se percibían los contornos indecisos de la montaña que domina a Gaeta; a poco las líneas se marcaron, se disipó el vapor de la distancia para no aparecer mas que como una gasa ligera, y no tardamos en distinguir algunos grupos de casas; la salida de rocas que sirve de base a la fortaleza, se mostraba claramente, y a sus piés, en el borde de la mar, se distinguía de las masas confusas. ¡Gaeta, asilo de los príncipes fugitivos, abrigo protector de las coronas vacilantes! Fácil es comprender mi impaciencia por ver aquella ciudad, cuyo nombre glorioso han inscrito en los anales de la historia, los acontecimientos del